

EL  
GUERRERO  
A LA SOMBRA  
DEL CEREZO  
DAVID B. GIL

***El guerrero a la sombra del cerezo***

© 2017, David B. Gil

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

## Prólogo

### *Una piedra contra un estanque sereno*

Los cascos batían la tierra levantando barro y gravilla a su paso. Sobre su cabeza, la tormenta iluminaba el cielo nocturno para, al instante, estremecer el suelo bajo sus pies. Viento y lluvia le mordían el rostro mientras cabalgaba contra su propia desdicha. «¡Ryaaaa, ryaaaa!» gritó a la yegua, que compartía la mirada desquiciada del jinete.

Kenzaburô Arima se esforzaba por controlar al animal valiéndose de sus piernas y de la única mano con la que sostenía las riendas, con la otra abrazaba al niño que se aferraba a él con desespero, la mejilla aplastada contra el ensangrentado peto de la armadura. Aquella criatura de apenas nueve años era Seizô Ikeda, probablemente el último superviviente de la familia Ikeda una vez amaneciera y, por tanto, su señor. Su absoluta prioridad era ponerlo a salvo, protegerlo con su vida. Kenzaburô estrechó su abrazo en torno a Seizô, cubriéndole con la mano el rostro para resguardarlo de la tormenta, y exigió un poco más a su montura. Aún escuchaba a su espalda el choque del acero, los gritos y los llantos, el rugido del fuego hambriento... Se obligó a serenarse. «Llevas media noche cabalgando, esos gritos solo resuenan en tu cabeza». Sin embargo, volvió a espolear a la yegua por la sinuosa vereda que descendía entre los cedros.

Incluso consumido por la angustia, Kenzaburô Arima continuaba siendo un estratega. Conocía a la perfección aquellas tierras: en cada arroyo se había lavado, en cada cueva había dormido y en cada bosque había cazado. Tenía que hacer valer su ventaja, así que se alejó de los caminos que figuraban en los mapas y voló como el viento por las borrosas sendas que solo conocían los labriegos y los cazadores. Vadeó arroyos para dificultar que siguieran su rastro, cambió de dirección en varias ocasiones, incluso se internó campo a través entre raíces y resbaladiza hojarasca. Siempre sin dejar de cabalgar, siempre alejándose de la pesadilla en que, súbitamente, se había convertido su vida.

Pero llegó el momento en que su huida había dejado de ser desesperada para convertirse en temeraria, así que tiró de las riendas para detenerse en un claro barrido por la lluvia y palmeó el cuello del animal. Si continuaba a ese ritmo, solo conseguiría caer descabalgado por alguna rama o que su yegua se rompiera una pata. Aguzó el oído: nada, ningún sonido ajeno a la noche o a la tormenta.

—Señor Seizô, ¿se encuentra bien? —susurró al oído del pequeño.

Este se estremeció por un momento y, sin dejar de abrazarle, se separó un poco de su pecho para poder mirarlo a la cara. Asintió sin decir palabra. Era un niño hermoso, de unos profundos ojos negros como el mar de noche, pero que ahora aparecían desbordados por las lágrimas, lívido el rostro.

—Bien, no hable. Aún no estamos a salvo.

Kenzaburô apremió el paso de su montura y dejó atrás el claro para volver a desaparecer entre los árboles, al refugio de la espesura y la noche cerrada. Esta vez mantuvo al animal a un paso más sosegado, pues necesitaba poner en orden sus ideas. Su vida había dado un vuelco aquella noche y aún no había tenido tiempo de recapitular y buscar una explicación. ¿Cómo habían logrado entrar en el castillo Ikeda tan fácilmente? Los asaltantes parecían haber atravesado los anillos fortificados hasta alcanzar el *hon maru*<sup>1</sup> sin que nadie diera la alarma. Cuando se percataron del ataque, la fortaleza ya estaba perdida. Líneas y líneas de defensa atravesadas por cientos de hombres al amparo de la noche. Para Kenzaburô solo había una explicación posible: traición. Alguien que conocía bien el castillo había despejado las atalayas y había abierto los sucesivos pórticos desde dentro, pues la guardia siempre escruta el exterior, nadie espera que el peligro se encuentre a su espalda.

Mientras divagaba, comprendió que era imposible que fuera obra de una sola persona, pero se negó a continuar con sus elucubraciones. Ahora la prioridad era sacar al niño de allí, ponerlo a salvo.

El cielo ya clareaba por el este y, por primera vez en su vida, no recibía el nuevo día con el pecho henchido, sino con temor y desazón. A la luz de la mañana serían más vulnerables, por lo que debía encontrar cuanto antes un refugio para ambos. La idea le afligió en el mismo momento que atravesó su mente: eran fugitivos en la tierra de su propio señor. Muchos deberían responder por lo que había sucedido esa noche, por el daño que habían causado. Cuando una piedra golpea la superficie de un estanque sereno, provoca ondas que llegan hasta la más lejana orilla.

---

<sup>1</sup> *Hon maru*: una traducción aproximada es «ciudadela interior», y hace referencia al núcleo de un castillo japonés, su zona más protegida, donde residía el daimio (señor feudal) con su familia.

# Capítulo 1

## *Rostros a la luz de una vela*

La noche de verano era especialmente húmeda, aunque los allí reunidos no podían aseverar si su desazón procedía del aire espeso o de la inquietud que, desde hacía horas, mordisqueaba sus estómagos. No estaban acostumbrados a esconderse como ladrones, a la sudorosa ansiedad de lo clandestino, y aunque todos ellos habían acordado la necesidad de dicha reunión, una vez allí solo deseaban escabullirse de aquella opresiva estancia, montar sobre sus caballos y espolearlos en una larga galopada hasta sus tierras. Con suerte, si sus monturas no se infartaban por el esfuerzo, podrían deslizarse en el lecho junto a sus mujeres antes de que rayara el alba; o al menos, dormir en alguna posada a medio camino, lejos de aquella cámara cerrada sin ventilación. Pero allí permanecían, con expresión adusta, arrodillados sobre el tatami sin separar los labios.

Todas las lámparas de la habitación permanecían apagadas, solo un cirio ardía en el centro del cónclave, musitando una débil luz que apenas alcanzaba a iluminar el rostro de los cinco daimios, señores de pequeños feudos que se circunscribían en las provincias de Wakasa y Echizen. La penumbra agitada por la llama lamía las facciones de los congregados y dotaba a sus rostros de un aspecto fantasmagórico, similar al de máscaras esculpidas.

El círculo estaba roto, un hueco libre aguardaba la llegada del último participante del cónclave: el anfitrión, Munisai Shimizu. La espera se estaba prolongando y la impaciencia comenzaba a manifestarse en sus caprichosas maneras: carraspeos, espaldas envaradas, crujidos de articulaciones... El joven Seikai Tadashima, que había acudido en delegación de su precavido padre —incapaz ya de acometer viajes largos, según palabras del hijo—, se mostraba abiertamente inquieto. Golpeaba su abanico cerrado contra el suelo, cada vez con menos disimulo, y apretaba las mandíbulas con fuerza, masticando su creciente indignación.

«Decididamente, Tadashima es un hombre de acción, como lo fue su padre. Salta a la vista que no está hecho para que le hagan esperar». En esto pensaba divertido el señor Kunisada Tezuka, un anciano enjuto, calvo como un bonzo, pero de rasgos angulosos y curtidos que hablaban más de largas jornadas a la intemperie que de una vida de fervor religioso a la fresca sombra de un templo.

De los allí reunidos, resultaba evidente que Tezuka era el que se hallaba más relajado. Al contrario que sus compañeros de círculo, no permanecía con la mirada perdida en el vacío, no sentía la necesidad de proyectar esa estoica seriedad, sino que prefería entretenerse estudiando uno por uno aquellos rostros tan graves, jugando a anticipar cuál sería la posición de cada daimio una vez comenzaran las deliberaciones. La de Seikai Tadashima ya se la podía imaginar, pues su voz sería una prolongación de la de su padre. Pero, ¿y el resto de los nobles caballeros allí reunidos? ¿Serían capaces de levantarse en armas contra la amenaza que se cernía sobre ellos? ¿O preferirían esperar en silencio el transcurso de los acontecimientos, midiendo con cuidado cada uno de sus pasos?

A punto de empezar la reunión, ni él mismo tenía claro cuál debía ser la postura a adoptar por su clan. Tezuka era viejo, pero no idiota: sabía que si los Yamada acometían una expansión, su supremacía militar era casi incontestable; sobre todo ahora que disponían de la gracia del nuevo shogún. En tales circunstancias, tendría pocas posibilidades de defender sus territorios, y estas pasaban por que los daimios allí reunidos, señores con feudos de menos de doscientos mil *kokus*<sup>2</sup> que rodeaban las tierras de los Yamada, unieran sus fuerzas y se prepararan para un conflicto contra la mayor familia de la región, que gobernaba sobre un feudo de un millón cuatrocientos cincuenta mil *kokus*.

Sin embargo, la amenaza era real, pero no una certeza. Nadie sabía cuáles eran los verdaderos planes de los Yamada y reunir un ejército podía ser, precisamente, el detonante del conflicto.

Estas dudas eran las que habían empujado a Tezuka a congregarse una discreta comitiva y, a pesar de su edad, viajar desde sus tierras para asistir a aquel encuentro. Quería conocer la opinión de los presentes, pero sobre todo, quería descubrir qué pensaba su desconsiderado anfitrión, Munisai Shimizu, un hombre astuto y de gran clarividencia.

Las reflexiones de Kunisada Tezuka se vieron interrumpidas cuando la única puerta de la estancia se deslizó a un lado.

—Perdón por hacerles esperar —se disculpó Shimizu con una solemne inclinación, pero sin el más mínimo rastro de aflicción en su voz.

Era un hombre bien entrado en la cincuentena, de rasgos y maneras suaves. Poseía una mirada que parecía dotar de un doble sentido a sus palabras cuando hablaba y que escrutaba a sus interlocutores cuando escuchaba. Aun así, no estaba exenta de cierta afabilidad.

---

<sup>2</sup> *Koku*: unidad según la cual se calculaba la riqueza de un feudo y que, tradicionalmente, se definía como la cantidad de arroz que necesitaba un hombre adulto para alimentarse durante un año (150 kg aproximadamente).

El anfitrión entró en la habitación y cerró la puerta. Llevaba una bandeja en la mano con seis tazas de té, que se encargó de disponer personalmente frente a cada uno de sus invitados. Tezuka observó curioso el sobrio diseño de los cuencos de madera y se preguntó por qué el filo de cada uno de ellos estaba pintado de un color distinto. Es más, por qué Shimizu entregaba a cada uno su propia taza, en lugar de depositar la bandeja en el centro del círculo y dejar que ellos mismos se sirvieran.

Frente al anciano dispuso el cuenco con el filo rojo. Este lo contempló un momento, sopesando la posibilidad de que en alguna de las bebidas hubiera veneno, para inmediatamente reprocharse su habitual desconfianza. No tenía sentido que el té estuviera envenenado, pero tampoco creía casual el proceder de Munisai Shimizu. Parecía que sus compañeros no habían entrado en tales disquisiciones y ya disfrutaban de la tisana que les ofrecía su anfitrión, así que, encogiéndose de hombros, sorbió del pequeño cuenco. Como era habitual en aquella casa, el té estaba preparado con exquisito cuidado.

Shimizu ocupó su lugar en el círculo y se disculpó de nuevo:

—Siento haberme retrasado tanto, pero debíamos asegurarnos de que no hubiera rezagados. Como verán, nadie ronda por la casa, todos los sirvientes están dormidos y son mis propios hijos y mis hombres de máxima confianza los que les han recibido y ahora velan por nuestra privacidad.

—Si quería disculparse, mejor nos hubiera servido sake —rio Yoshihiro Harada, el orondo señor de un feudo de ciento veintidós mil *kokus* en la provincia de Wakasa. Tezuka sonrió a su vez, sorbiendo de su taza perfilada en rojo—. También habríamos agradecido una habitación más ventilada.

—Lo siento, pero eso no era una opción, señor Harada. Acondicioné especialmente esta estancia para que estuviera aislada: nada de lo que aquí digamos podrá ser escuchado más allá de estas paredes —explicó Shimizu, aunque sus palabras encerraban una advertencia más que una aclaración. De cualquier modo, Harada no pareció darse por aludido.

Impaciente por terminar el encuentro incluso antes de que hubiera comenzado, el joven Seikai Tadashima tomó la palabra:

—Cuanto más tiempo permanezcamos aquí, más peligro corremos de que nuestras intrigas lleguen a oídos de los Yamada, así que propongo que hablemos claro desde el principio. ¿Cuál será nuestro plan de acción en las próximas semanas? Me parece imprescindible que salgamos de esta sala con el compromiso de cuántos hombres aportará cada clan.

Los señores se miraron durante un instante a los ojos, incómodos por la falta de preámbulos. Sin duda, todos esperaban que tal asunto, si llegaba, se planteara más avanzada la conversación.

—¿Cómo que cuántos hombres? Parece que estás asumiendo demasiadas cosas por adelantado, Tadashima. —El reproche había partido de Kiyomaro Itto, daimio de un feudo de noventa y cinco mil *kokus*—. ¿De verdad crees que, si comenzamos a formar un ejército, los Yamada se quedarán de brazos cruzados? Tendremos a sus guerreros rodeando nuestros castillos antes de que hayamos armado a las levas.

Tadashima bufó con descaro:

—¿Crees que por no mover un dedo estarás a salvo? ¿Que el ejército Yamada no amanecerá un día a tus puertas si agachas la cabeza y contienes la respiración? Yo te aseguro, más bien, que ya se preparan para la guerra, que sus espías ya recorren tus caminos, Itto. —La réplica de Tadashima fue brusca, enfatizada por el golpe que dio en el suelo con su taza, vertiendo el té a su alrededor. La luz de la tímida vela palpitó en el interior de cada gota esparcida sobre el tatami.

«Las cartas han comenzado a descubrirse antes de lo esperado», se dijo el viejo Tezuka y, efectivamente, Tadashima no había defraudado sus expectativas: era tan enérgico y explosivo como lo fue su padre. El anciano sorbió su taza de té en silencio, y percibió que Shimizu lo observaba discretamente mientras bebía.

—No se enfaden, señores —intercedió conciliador Yoshihiro Harada. Su rostro orondo, sus infladas mejillas y su huidiza barbilla le daban siempre un aspecto sonriente, como un buda feliz—. No necesitamos pelear entre nosotros. Seamos prudentes e intentemos llegar a acuerdos provechosos.

—Harada tiene razón —medió el anfitrión, que hubiera preferido poder escuchar a todos sus invitados antes de tener que intervenir—. Si no somos capaces de adoptar una postura común, estamos perdidos. Quizás sea precipitado hablar de la formación de un ejército, todavía no sabemos si los Yamada se decidirán por una expansión militar de sus territorios.

—¡Oh, por favor! —estalló Tadashima—. Se encuentran ante una oportunidad única; alinearnos con el ejército de Toyotomi fue un error que se nos hará pagar. Los Yamada eligieron bien: apoyaron a Ieyasu Tokugawa, que no ha tardado en proclamarse shogún tras la matanza de Sekigahara, ¿quién se va a oponer a sus deseos de controlar todas las tierras de esta región?

—La guerra ha terminado, Tadashima. Ahora se impone la paz del shogún, hasta los Yamada tendrán que respetarla si quieren obtener un trato ventajoso en la nueva corte de Edo —dijo Kiyomaro Itto, resultando cada vez más evidente que no tenía la menor intención de aportar hombres a un ejército de alianza.

—¿La paz del shogún? La paz del shogún es para unos pocos, para los que lucharon en el Ejército del Este bajo el blasón Tokugawa. Eres un pobre imbécil si crees que Ieyasu



Tokugawa mandará sus ejércitos a defenderte cuando tus tierras sean invadidas por los Yamada.

—No tengo por qué tolerar esto, Tadashima. Arma a tus hombres y lánzate tú solo a la batalla si tanto ansías una carnicería.

—Señores, por favor —insistió Harada, cuyo aire risueño se había desvanecido.

Munisai Shimizu extendió los brazos imponiendo silencio.

—Señores, están en mi casa. Muestren respeto. Comparto la preocupación del señor Tadashima, pero creo que pensar en una alianza militar sin tener pruebas de las intenciones del clan Yamada es precipitado.

—Señor Shimizu —dijo un nuevo interlocutor—, la guerra no ha terminado aún. Ieyasu Tokugawa continúa al frente de sus ejércitos recorriendo el oeste del país, donde no todos los clanes han asumido su nueva autoridad. No creo que lo que pase en su retaguardia sea una preocupación para el shogún, que confía en sus aliados para sofocar cualquier posible problema; y no hace falta que le recuerde que Tokugawa cuenta entre sus aliados a los Yamada, mientras que nosotros somos, como mínimo, sospechosos tras haber mostrado nuestro apoyo a Hideyori Toyotomi.

Quien así había hablado era Mitsunari Shiraoka, señor de un feudo de ciento treinta mil *kokus* en Wakasa, a quienes muchos conocían informalmente como «Ganryu» por su carácter obstinado, como una piedra clavada en la corriente. Cuando daba su palabra la mantenía inamovible, y por ello contaba con las simpatías del viejo Kunisada Tezuka, que continuaba asistiendo en silencio a la discusión, sorbo a sorbo.

—Apoyar a Hideyori Toyotomi era lo justo —prorrumpió Tadashima—, él es el legítimo heredero de su padre y de Nobunaga Oda. Él debería ser el shogún. Estamos abocados a un país gobernado por traidores.

—Concluirán conmigo en que todo eso ya da igual —dijo tajante el anfitrión—. Tokugawa derrotó a los Toyotomi y, para bien o para mal, ahora es el shogún. En estos momentos nuestra preocupación es otra.

Kunisada Tezuka observó cómo su anfitrión navegaba diestramente entre las aguas caudalosas de la discusión sin quitarle la razón a nadie, pero preparando el terreno para que su opinión fuera la relevante. «Sin duda, aquí se decidirá lo que Shimizu quiera —pensó el viejo ‘bonzo’, entre divertido y admirado por la habilidad de su anfitrión—. No necesita poseer el mayor ejército para ser el más poderoso de todos nosotros. Al menos, no mientras le den la oportunidad de hablar».

Entre tanto, Munisai Shimizu continuaba defendiendo sus argumentos:

—Todo lo que ha dicho el señor Shiraoka es cierto, pero solo tenemos conjeturas, no conocemos las verdaderas intenciones de Torakusu Yamada. Si no mantenemos el ánimo templado, nosotros mismos podemos desencadenar lo que tanto tememos.

—¿Qué propone entonces, señor Shimizu? —preguntó el que apodaban Ganryu.

—Vigilemos los caminos, conozcamos cualquier movimiento de los hombres de Yamada. Si descubrimos que sus ejércitos se arman o que intentan controlar los pasos que conducen a nuestros territorios, entonces será el momento de actuar. —Shimizu hablaba con la seguridad del que sabe que sus palabras son escuchadas y sopesadas.

—Me parece sensato —intervino Kiyomaro Itto, quien dejó entrever cierto alivio en su expresión.

—¡Bah! —replicó airado Tadashima, poniéndose ya en pie—. Esto es una pérdida de tiempo, creía que saldríamos de aquí con una alianza, que ya habíamos dejado atrás la hora de la cháchara. Sin embargo, me encuentro que lo único que desean es seguir ignorando el problema a la espera de que así desaparezca. Debo partir. Mi padre me espera para que le informe de los pobres resultados de este encuentro. —Dijo esto mientras abría la puerta corredera y dejaba atrás la calurosa penumbra de la estancia—. Pronto se darán cuenta del error que están cometiendo.

Tras su desplante, cerró bruscamente y la llama que alimentaba la exigua luz de la cámara cimbrió. Los cinco señores que quedaron atrás se sumieron en un mudo silencio, hasta que fue roto por Kunisada Tezuka.

—Bien, entonces tenemos un acuerdo. —Apuró su taza de té y la colocó bocabajo frente a sí. Recogió la *daisho*<sup>3</sup>, que reposaba a su derecha como señal de respeto hacia el anfitrión, y se puso en pie apoyándose en la *katana* a modo de bastón—. Señor Shimizu, con permiso de los presentes, yo también parto. Cumpliré lo que hemos acordado y enviaré hombres a vigilar los caminos que comunican con territorio Yamada. Cualquier movimiento extraño les será comunicado a todos. ¿Cuándo volveremos a reunirnos?

—Les espero a todos aquí dentro de treinta días, como ha sido habitual hasta ahora, recién entrada la hora del buey<sup>4</sup>.

Tras las despedidas de cortesía, los cinco daimios fueron abandonando la estancia uno a uno. Cuando todos estuvieron fuera, Munisai Shimizu apagó la llama con los dedos y se dirigió al pasillo, no sin antes cerrar por completo la puerta corredera, como si el papel de arroz pudiera contener las intrigas que enrarecían el aire de aquella cámara.

---

<sup>3</sup> *Daisho*: literalmente «largo y corto»; se llamaba así al juego de dos espadas formado por el sable largo (*nihonto* o *katana*) y el sable corto (*wakizashi*). Juntas eran el símbolo de la casta samurái.

<sup>4</sup> Hora del buey: entre la 1:00 y las 3:00 de la madrugada.

Dentro, la oscuridad se había adueñado de cada rincón y las discusiones habían dado paso al silencio de la noche estival. Cuando los pasos en el corredor se desvanecieron por completo, un sonido de madera deslizándose bajó desde las vigas que cruzaban los altos techos. Un haz de luna se filtró al interior, iluminando por un instante el tatami antes de que la madera volviera a encajar y la estancia quedara definitivamente en penumbras.

Kunisada Tezuka cabalgaba al frente de su expedición con una soltura que desmentía su edad; siempre había sido un gran jinete y montar surtía en él un efecto rejuvenecedor. Apenas habían recorrido medio *ri*<sup>5</sup> de uno de los caminos que se alejaban del castillo, cuando Tezuka levantó la mano para ordenar a su séquito que se detuviera. El jefe de su guardia avanzó hasta situarse junto a él.

—¿Sucede algo, mi señor tras la reunión, el que lo diera que asegure que el monte Hyono fue su tumba, sino que sea el propio personaje el que lo dio?

—Debemos dar la vuelta, volvemos al castillo. —Al comprobar la expresión confusa de su vasallo, Tezuka añadió, lacónico—: Al parecer, aún quedan cosas por decir.

La comitiva tornó grupas y emprendió el camino de regreso. Para desconcierto de su guardia, al partir tras la reunión Tezuka había elegido un camino sinuoso que les haría recorrer un trayecto más largo de regreso a sus tierras. No se atrevieron a cuestionar su decisión, y ahora quedaba claro que su objetivo había sido tomar una senda poco transitada para no cruzarse con los otros señores al retornar al castillo Shimizu.

Y así, Tezuka galopó de vuelta con más viveza que a su partida, espoleado por la curiosidad. Los cascos de su montura batían la gravilla del camino y las ramas bajas le azotaban el cuerpo. No tardó en vislumbrar de nuevo las luces amarillentas de la fortaleza, filtradas entre la urdimbre de los árboles.

Cruzó el primer pórtico sin que la guardia se inquietara al verles pasar a toda velocidad. Atravesó las sucesivas arcadas y murallas al galope, mientras su abanderado se esforzaba por cabalgar cerca de él, con el blasón de la casa Tezuka ondeando a su espalda. Cuando llegaron a la inmensa mole de piedra que era la base sobre la que se erigía el castillo en sí, Tezuka templó la marcha y ordenó a su comitiva que le esperara allí. Al instante, comenzó a remontar la empinada senda que servía de acceso a la residencia. Todo aquel juego de intrigas le divertía sobremanera y azuzaba su imaginación.

---

<sup>5</sup> *Ri*: unidad de longitud utilizada en el Japón antiguo, equivalente a 3,9 km aproximadamente.

Llegó hasta el mismo pórtico de entrada a lomos de su caballo. Allí le esperaba Munisai Shimizu con una lámpara en la mano.

—No estaba seguro de que hubieras leído el mensaje en el fondo de tu taza —saludó el anfitrión.

—Ya ves que sí... ¿Sabes que, por un momento, pensé que intentabas envenenarme?

Shimizu rio con una carcajada sincera que vibró en la noche.

—Tu natural desconfianza siempre me ha parecido una virtud muy práctica, digna de elogio, incluso. —Y le invitó a pasar al patio interior.

Tezuka descabalgó, tomó su caballo por las cinchas y se adentró en el amplio patio que, dominado por un sauce, servía de antesala a la ciudadela interior. Aquella entrada estaba ideada para sobrecoger al visitante con la imponente planta de la fortaleza, cuyos sucesivos muros interiores abrazaban al invitado o aplastaban al intruso. Sin embargo, una vez llegados a aquel patio el espacio se abría y, tras el sauce, solo se observaba un último pórtico que carecía de hojas, dejando franco el acceso al mismo corazón del feudo.

Y por encima de todo ello, elevándose imponente en la oscuridad de la noche, se admiraba la blanca torre del homenaje, que constituía la residencia familiar y última línea de defensa del castillo. Cuatro plantas de altura ornamentadas con dragones serpenteantes y tigres agazapados que, con su dorado resplandor, protegían a la familia Shimizu. Tezuka no pudo por menos que maravillarse, una vez más, ante semejante despliegue arquitectónico. Una década atrás, Munisai había mandado construir aquella fortificación para que se convirtiera en la nueva residencia de su clan, y fue erigida según el estilo del castillo Azuchi, levantado por Nobunaga Oda a orillas del lago Biwa. Quizás no fuera tan imponente como la mole del clan Yamada, una fortaleza costera que llevaba casi cuatro siglos en pie, pero sin duda la superaba en belleza y refinamiento.

Junto al sauce, envuelto en un kimono de tela fina y color terroso, aguardaba Shigeru Shimizu, hijo mayor de Munisai. Era un hombre de mentón recto y mirada franca, no carente de las elegantes maneras de su padre, pero que desprendía una energía más similar a la de su madre: sincera y directa. O, al menos, eso pensaba Tezuka, que tampoco había tenido tiempo de estrechar relaciones con aquel joven.

El muchacho saludó a ambos con una respetuosa inclinación.

—Shigeru, encárgate de la montura del señor Tezuka y asegúrate de que no nos molesten durante un rato. Estaremos pronto de vuelta.

El joven tomó las riendas del caballo y se despidió. Entonces, Munisai hizo una señal a su invitado para que le siguiera.

—Ven, caminemos por mi jardín —ofreció mientras pasaban bajo el portal.

Cruzaron el puente de madera y se encaminaron hacia el jardín cultivado junto a la cara este de la torre del homenaje, al amparo de los fuertes vientos que barrían la región durante el invierno. Hacía años que el viejo ‘bonzo’ no visitaba aquella zona del castillo, sin duda reservada para los momentos de retiro espiritual de Munisai. Pero le picaba demasiado la curiosidad como para deleitarse con la jardinería paisajística, necesitaba saber por qué su anfitrión se había tomado tantas molestias para hablar con él a solas.

—Aquí me tienes. Ahora dime por qué querías apartarme de los demás. ¿Qué debías decirme que el resto no pudiera escuchar?

—No me fio de todos ellos. Por distintos motivos.

—¿Por qué dices eso?

—Nos une un mismo peligro, pero creo que la visión de cómo afrontarlo es demasiado divergente. Además, nunca ha sido nuestro fuerte fiarnos los unos de los otros.

—¿Y te fías de mí?

—Eres demasiado viejo, Kunisada, tu ambición se aplacó hace años, por lo que no tienes necesidad de prestarte a traiciones.

—No sé cómo tomarme tus palabras.

—Como un cumplido —contestó sonriente Munisai, con las manos cruzadas a la espalda y sin levantar la vista del camino—. Además, eres de los pocos hombres que conozco a los que no limita una visión simple de las cosas. Sabes bien que todo tiene más de una causa y una consecuencia.

—¿Y cuál es tu opinión sobre este asunto en particular? ¿Crees, realmente, que podremos salir bien parados de esta?

El señor del castillo levantó la vista y miró de soslayo a su viejo compañero de armas.

—No lo sé. Nuestra mejor oportunidad es que los Yamada no pretendan una expansión militar. Puede que las cosas no vuelvan a ser como antes, puede que, como dicen, nos encontremos a las puertas de una nueva era, una época de paz y unidad del país. Nunca había existido en Japón un señor con la suficiente fuerza como para someter a toda la nación de este a oeste.

—Una época de paz bajo el puño de hierro de Ieyasu Tokugawa —constató Tezuka.

—Quizás, pero paz al fin y al cabo. ¿Por qué los Yamada deberían regirse por los códigos de tiempos que quedan atrás? Las nuevas batallas por el poder se librarán en las cámaras y pasillos de la corte de Edo, no en los bosques y las llanuras. Tokugawa ha completado lo que en su día comenzó Nobunaga Oda; en breve será capaz de recorrer la nación de punta a punta y todos inclinarán la cabeza al paso del blasón de las tres hojas de malva.

—Parece que no te disgusta la nueva situación, Munisai. Quizás te equivocaste de bando en la guerra.

—No te confundas, Tezuka. Siempre fui leal a Oda, y después al señor Toyotomi. Cuando hubo que defender el derecho de su hijo a suceder al padre di un paso al frente, como el que más. Pero esa batalla ya se perdió. Sepamos adaptarnos a las nuevas circunstancias.

El ‘bonzo’ sonrió abiertamente.

—A veces me asusta tu pragmatismo.

Enfilaron un sendero custodiado por una larga hilera de ciruelos blancos, y Shimizu volvió a clavar la mirada en el suelo.

—Quiero que vigiles a los Tadashima. Son capaces de provocar una guerra si inician cualquier tipo de maniobra militar.

—¿Por qué yo?

—Lo sabes bien, su feudo colinda con tus tierras. No podrían marchar hasta Echizen sin cruzar tus caminos.

—¿Crees que están tan locos como para enfrentarse a los Yamada ellos solos?

—Solos no —puntualizó Shimizu —, pero quizás convenzan a otros tan locos como ellos. Entonces puede que se sientan fuertes.

—Desde luego, no será a Kiyomaro Itto a quien convenzan.

—Itto también me preocupa. Pero por razones distintas. Tiene tanto miedo de verse involucrado en una guerra que es capaz de delatarnos.

—Itto no es un traidor —sentenció, tajante, Kunisada Tezuka.

—Nunca te fíes de un hombre desesperado, amigo. De cualquier modo, no estará de más vigilar también si algún correo viaja entre su feudo y la capital de los Yamada.

Tezuka observó de reojo al señor del clan Shimizu. Aquel hombre no dejaba nada al azar y, de nuevo, sus argumentos resultaban difíciles de rebatir.

—Muy bien —concedió el viejo daimio—, espíaremos a nuestros aliados. Tú te encargarás de controlar cualquier movimiento al sur de Echizen y yo me encargaré de los caminos del oeste. Pero, ¿te has planteado la posibilidad de que Seikai Tadashima tenga razón? ¿Y si los Yamada pretenden aprovechar la larga campaña militar del shogún para devorar los feudos colindantes?

Shimizu se detuvo. Los dos se hallaban sobre un promontorio, rodeados de crisantemos amarillos y de azaleas pinceladas de rosa. Las ramas de los árboles, la hierba, los pliegues de sus ropas... todo lo que se encontraba bajo el cielo estrellado se mecía al compás de la brisa que volaba sobre la llanura.

—Si eso sucede —respondió al fin—, poco podremos hacer.

—Sí podemos, Munisai. Podemos luchar.

Shimizu apartó la vista del horizonte y le miró directamente a los ojos, como para averiguar si había determinación en sus palabras. Entonces asintió con la cabeza y sin decir una palabra más, volvió sobre sus pasos.

Kunisada Tezuka se demoró un instante sobre el promontorio, la mirada escrutando el infinito en busca de respuestas. Quizás Munisai tuviera razón, quizás la única victoria posible en una guerra que no puedes ganar es evitar que esta dé comienzo. Aun así, tenía la certeza de que su viejo camarada se guardaba cosas para sí. Podía ser pragmático y paciente, pero no era un hombre dado a resignarse. Así que, por segunda vez aquella noche, se encogió de hombros y se aprestó a seguir los pasos de su anfitrión, que ya descendía por el jardín acariciando con los dedos las hojas de los ciruelos.

## Capítulo 2

### Espada de acero, espada de madera

Kenzaburô por fin divisó lo que había buscado durante toda la noche: un macizo rocoso contra el que venía a estrellarse el bosque de cedros y abetos, como un islote azotado por un mar esmeralda. Comenzaba a escampar y la tormenta había devenido en una llovizna que le ayudaba a mantenerse despierto y que permitía divisar, aun desde la distancia, los orificios y cuevas que picaban la erosionada base del macizo. Con gesto hambriento, aquellas grutas parecían invitarles a guarecerse en sus ásperas gargantas, y el jinete pretendía aceptar la invitación, así que apresuró el paso de la yegua campo a través.

A medida que se acercaban a la pared rocosa, la espesura comenzó a clarear permitiéndoles apreciar con más detalle la gran mole que actuaba como cortavientos natural. Puede que al otro lado del macizo, aprovechando el amparo que suponía del viento y de las lluvias, alguien hubiera construido algún tipo de refugio provisional, quizás de cazadores o leñadores. Puede incluso que hubiera alimentos almacenados, pero no tenía la menor intención de arriesgarse a descubrirlo: aquellas cuevas les bastarían para refugiarse y pasar el día antes de reemprender su camino al anochecer.

Más adelante, a la sombra ya del acantilado, Kenzaburô divisó un pequeño riachuelo que manaba de la roca viva y fluía ladera abajo hasta perderse en el interior del bosque. No era muy profundo, probablemente había reaparecido avivado por la lluvia torrencial y se había filtrado entre las grietas. De cualquier modo, les bastaría para beber durante el día, guardar algo de agua y abreviar el caballo.

Desmontó e, inmediatamente, notó cómo sus articulaciones se resentían tras el esfuerzo de una noche cabalgando.

—¿Puede caminar? —preguntó al joven Seizô.

—Creo que sí.

—Bien, desmonte. —Extendió los brazos para que el niño se sujetara. Kenzaburô lo levantó a pulso y lo depositó en el suelo—. Tome —le tendió las riendas del caballo—, con cuidado de que no se le escape.



Seizô sujetó con fuerza el cuero curtido y observó al animal, que resoplaba agotado. Kenzaburô tenía la esperanza de que el pequeño se centrara en la yegua y su mente no volara a los terribles acontecimientos de aquella noche.

—¿Tiene nombre? —preguntó Seizô, sin apartar los ojos del animal.

—Natsu —improvisó el samurái—. Porque es como el viento cálido que baja de las colinas en verano.

Lo cierto es que Kenzaburô desconocía el nombre de aquella yegua que había rescatado, entre el caos y la confusión, de los establos de su señor. Sin embargo, a pesar de haber sido una decisión apresurada, parecía que no se había equivocado a la hora de elegir montura para su huida, y el nombre se le antojó súbitamente apropiado.

—Natsu —repitió Seizô.

—Vamos, sígame.

Se aproximaron al riachuelo y ataron a Natsu a un árbol próximo al caudal. El animal comenzó a beber y ambos lo imitaron, llevándose el agua a la boca con las manos. Cuando estuvieron saciados, se lavaron la cara y el pelo en el torrente helado, que pronto les entumeció los dedos.

Kenzaburô se incorporó, observó durante un instante al pequeño Seizô, que seguía arrodillado sobre el agua, y pensó que ahora dependía absolutamente de él, compadeciéndose de la vida que tendría a partir de aquella noche. Debería haber crecido feliz, fuerte y orgulloso como hijo de uno de los más poderosos daimios al oeste de Hondô, sin embargo, su futuro se había truncado violentamente. Hizo un esfuerzo por apartar esos pensamientos: la compasión nunca había ayudado a nadie a salir adelante, no más de lo que una hogaza de pan sacia una hambruna, y tampoco ayudaría al chico. A lo largo de su vida siempre había creído que era mejor ser temido, o incluso odiado, que compadecido. «Aprende a vivir la vida que te ha tocado y no ambiciones otra», recordó de las viejas enseñanzas.

—Acompañeme —indicó Kenzaburô, mientras desataba los fardos apilados a la grupa del caballo y se los echaba al hombro—. Dejaremos atada a este árbol a Natsu y prepararemos nuestro refugio para lo que queda de jornada.

El samurái comenzó a caminar ladera arriba, hacia la falda del macizo rocoso, mientras su acompañante le seguía de cerca. Se detuvo un instante y estudió las cuevas más cercanas bajo la incipiente luz del amanecer.

—Aguarde aquí —le ordenó a Seizô, al tiempo que dejaba en el suelo su carga.

Se aproximó lentamente a la entrada de la cueva que había elegido como refugio; levantó con el pulgar la guarda de su sable, de tal modo que un dedo de acero blanco se asomó a la luz del alba, pero no llegó a empuñar la espada. Caminaba con pasos lentos, y allí donde pisaba se

desprendía una gravilla que rodaba, susurrante, ladera abajo. Así, lentamente, atravesó el umbral de la cueva y Seizô observó cómo era engullido por la oscuridad. Reapareció al rato y comenzó a descender por la pendiente rocosa, esta vez con pasos firmes y ágiles.

—Vamos, es seguro.

El guerrero volvió a echarse los fardos al hombro y tomó la mano del niño para ayudarlo a subir hasta la entrada del que sería su refugio durante aquel día. Una vez llegaron a la boca de la cueva y sus ojos se habituaron a la oscuridad, Seizô comprobó que no tenía mucha profundidad, de modo que solo su último tramo quedaba en penumbras. El suelo y las paredes, además, eran más lisos que la piedra del exterior, probablemente por el reflujo del viento durante siglos.

Kenzaburô desplegó los fardos y extendió en el suelo dos esteras de paja de arroz trenzada; a continuación, dispuso sobre ellas mantas gruesas. Le pidió a Seizô que intentara dormir.

—Pasaremos aquí el día y por la noche reemprenderemos nuestro camino a la luz de las estrellas. Quiero llegar a Matsue antes de cinco días, allí nos darán refugio. —Seizô asintió con la cabeza—. Bien, ahora intente descansar. Yo saldré a buscar comida en cuanto amanezca por completo, quiero tener algo preparado para cuando despierte.

Dicho esto, el guerrero comenzó a rebuscar en los bultos y extrajo algunas de sus pertenencias. Seizô se distrajo observando a su protector mientras este tensaba el arco que había traído envuelto en una tela encerada. Era más alto y fornido que cualquier hombre que hubiera conocido, más incluso que su hermano mayor, a pesar de que debía ser más viejo que su padre. Y parecía no temer nunca nada. Lo conocía desde que tenía uso de razón: siempre estaba hablando con su padre de cosas serias, siempre los dos con rostros graves; pero, en cuanto lo veían llegar corriendo, ambos sonreían, lo levantaban en volandas y lo lanzaban por los aires entre risas. A él no le asustaba aquel hombre, pese a que todos los samuráis de su padre parecían tenerle miedo: todos bajaban la cabeza cuando el general pasaba junto a ellos, y todos daban un paso atrás cuando fijaba en sus rostros aquellos ojos bajo espesas cejas.

En una ocasión, sin embargo, Kenzaburô también le dio miedo a él. Fue durante un duelo con *bokken*<sup>6</sup>: otro guerrero vino de una provincia vecina y pidió luchar contra el gran Kenzaburô Arima. Según afirmó, deseaba medir su técnica con la mejor espada de Izumo, por lo que reclamaba combatir contra el veterano samurái al servicio del clan Ikeda. Kenzaburô accedió, pero solo si se empleaban armas de madera. El otro tachó de cobardía tales remilgos e insistió en dirimir el duelo con acero. Kenzaburô no cambió el gesto e hizo saber a tan

---

<sup>6</sup> *Bokken*: espada larga de madera utilizada en los entrenamientos por los samuráis.

impertinente visitante que podía usar el arma que deseara. Él, por su parte, solo lucharía usando el *bokken*, pues consideraba una necesidad desperdiciar una vida en tales cuitas.

Seizô recordaba que, una vez el duelo dio comienzo, apenas tuvo tiempo de parpadear: el forastero aún estaba adoptando una guardia alta cuando Kenzaburô giró rápidamente sobre sí mismo, avanzando al tiempo que golpeaba con su arma de madera desde abajo hacia arriba. Su adversario, al ver cómo se adelantaba, había intentado alcanzarle en la cabeza, pero sus manos se abrieron y el acero se le escapó entre los dedos cuando el *bokken* de Kenzaburô le rompió las costillas.

En la mente del chiquillo aún resonaban el terrible crujido de la madera contra los huesos y el aullido de dolor del espadachín mientras se retorció en el suelo. Pero, sobre todo, recordaba el severo rostro de Kenzaburô, aquel rostro que reía feliz mientras lo lanzaba por los aires y que ahora permanecía vacío, inalcanzable, con unos ojos que miraban desde otro mundo. A pesar de su edad, Seizô comprendió aquel día que Kenzaburô Arima no precisaba de más acero que el de su voluntad.

Cuando Kenzaburô regresó a la cueva con las manos vacías, Seizô le esperaba sentado en la esterilla y envuelto en su manta.

—¿Ha conseguido dormir?

—No —respondió Seizô.

—Yo tampoco he tenido suerte. He regresado a por agua y volveré a internarme en el bosque. Debo cazar algo antes que comience a atardecer o tendremos que alimentarnos de raíces y bayas.

—¿Debes irte ya? —preguntó quejumbroso el niño.

—¿Por qué? ¿Tiene miedo?

Seizô se apresuró a negar con la cabeza.

—No debe avergonzarse. El miedo no es malo, es parte de la vida.

El muchacho lo miró durante un instante, dubitativo.

—Entonces, sí. Tengo un poco de miedo.

Kenzaburô esbozó una sonrisa y se sentó junto a él, alargó el brazo para coger la manta que reposaba en la otra esterilla y se la tendió.

—Tome, abríguese más. Me quedaré aquí hasta que se duerma.

Seizô, obediente, se recostó y se arrebujó entre las dos mantas. Le costó encontrar una postura cómoda, pero finalmente dejó de moverse.

Kenzaburô permaneció junto a su joven señor, sentado con las piernas cruzadas mientras observaba a través de la entrada de la cueva el espectacular paisaje: tonos de verde se sucedían hasta donde llegaba la vista, desde los trazos grisáceos de los cedros hasta la apuntada aguamarina de los pinos. Al este se divisaba, escabulléndose entre bosques y colinas, el sinuoso hilo de plata del río Ibi, que respuntaba el paisaje con su caprichoso cauce; y aunque su posición no era tan alta, Kenzaburô quiso ver más allá el lago Shinji, a cuya orilla se encontraba el destino de su peligroso viaje, y aún más lejos, el mar.

¡Cuánto añoraba el mar! El olor del salitre, el agua en suspensión lamiéndole la piel, las olas contra su pecho, la arena entre los dedos... La distancia lo hacía imposible, pero aun así la brisa marina llegó hasta él, le meció los cabellos e inundó sus pulmones como un bálsamo. Aquel hermoso paisaje de luz —como solo se podría haber derramado del divino pincel de Amaterasu— llenó su corazón y lo conmovió, e hizo parecer irreal el que allí abajo, a sus pies, hubiera hombres reptando y conspirando para darles caza y matarles. Estaba sumido en estos pensamientos cuando una voz triste le arrancó de su evasión.

—¿Volveré a ver a mi padre?

Kenzaburô lanzó un profundo suspiro, desolado.

—No, Seizô.

—¿Y a mi hermano?

—Tampoco.

—¿Han muerto? —preguntó el niño con un estremecimiento.

—Así es. —Las palabras le quemaban el pecho.

—¿Por qué?

—Alguien ansiaba el poder y las tierras de su padre; la forma de obtenerlos era matándoles a él y a sus legítimos herederos.

—Entonces, también querrán matarme a mí.

—Por mi alma que eso no sucederá —juró Kenzaburô, y lo hizo con una voz ronca que sonó más como un desafío a sus enemigos que como palabras de consuelo para un niño.

Seizô comenzó a sollozar entre las mantas, cada vez con más fuerza. El viejo guerrero le puso su mano surcada de cicatrices en el costado; era grande y pesada, pero irradiaba tranquilidad.

—¿Por qué todos se mueren? ¿Por qué me dejan solo? —lloró Seizô.

Kenzaburô recordó con profunda aflicción a la madre del niño, muerta a causa de la viruela. Había perdido mucho para contar solo nueve años.

—Nadie te abandona, Seizô —susurró en tono tranquilizador. Por un momento Kenzaburô le habló como lo que era: un niño que necesitaba consuelo—. Tu padre y tu madre, al igual

que tu hermano, están ahora con tus antepasados. Desde allí te observan y cuidan de ti. Tu obligación es llevar una vida que les honre para que puedan sentirse orgullosos.

—¿Tú también te irás?, ¿me dejarás solo?

—No, no te dejaré.

El chiquillo no dijo nada más. Quizás porque las palabras del guerrero, pronunciadas con voz serena, tranquilizaron su espíritu, quizás porque el agotamiento pesó más que su desconsuelo. Los sollozos se fueron espaciando hasta que cayó dormido con una respiración pausada. Su protector retiró lentamente la mano, con cuidado de no despertarle, y cruzó las piernas dispuesto a meditar. Sin embargo, cuando cerró los ojos, su mente se perdió en los acontecimientos de la noche anterior.

Kenzaburô se debatía en el sopor del sake, atormentado por el tañer de las campanas del infierno y los aullidos distantes de los condenados. El día anterior había sido el cumpleaños de su mujer y la celebración se había prolongado en privado. Los dos habían bebido demasiado y ahora, acosado por sueños agitados, sufría las consecuencias. Sin embargo, una sospecha comenzó a abrirse paso en la abotargada mente del samurái: ¿y si aquella campana, y si aquellos alaridos de angustia no procedían del más allá?

Esa desazón lo arrastró a la vigilia y, cuando abrió los ojos, descubrió que la campana repicaba, frenética, desde una atalaya del castillo Ikeda. Despertó a su mujer y la apremió a escuchar con él: voces nerviosas y pasos apresurados llegaban del pasillo al otro lado de la puerta. Kenzaburô temió que se hubiera producido un incendio, pero pronto comprendió que la amenaza era de muy distinta naturaleza. Desde la ventana de sus aposentos que se asomaba al gran patio central llegaban el restallar del acero y los primeros gritos de muerte; sonidos que en otro tiempo le resultarían tan familiares como el latir de su propio corazón.

¿Cómo era posible que nadie hubiera acudido en su busca? La batalla había comenzado y él permanecía desnudo en el lecho, como un vulgar borracho. Kenzaburô se incorporó rápidamente, con las sienes palpitándole y la boca seca.

—¡Rápido, mujer, ayúdame a prepararme!

Su esposa dejó a un lado toda sombra de desconcierto y se precipitó al armario donde su marido guardaba la armadura ligera y la *daisho*. Mientras Kenzaburô se vestía, ella disponía en el suelo las piezas de hierro negro y cuero.

Asistido por su mujer, se enfundó la armadura y la ajustó con correas sobre el kimono. Una vez preparado, se ató el *obi* alrededor de la cintura y deslizó sobre su cadera izquierda las espadas.

Acababa de vestirse cuando la puerta se abrió de golpe.

—¡Padre, madre! —gritó una joven ataviada aún con ropa de dormir.

—Llévate a O-Seki a las cocinas —indicó Kenzaburô a su esposa—. Escondeos allí con el resto de las mujeres y esperad a que todo pase.

—Júrame que volverás a por nosotras —le rogó su mujer.

—No temas, Tamako —intentó tranquilizarla apresuradamente.

Antes de que pudiera apartarse, su mujer le acarició la mejilla con una ternura íntima, ajena a lo acuciante del momento.

—Esposo, tengo aquí mi *kaiken*. —Le mostró la funda del puñal que había deslizado entre los pliegues del kimono—. Si no eres tú el que viene a buscarnos, tu hija y yo nos reuniremos contigo en el otro mundo.

Kenzaburô no pudo evitar un estremecimiento.

—No digas locuras. Estaré con vosotras antes de que amanezca.

Las abrazó una última vez y desapareció por la puerta del dormitorio con las aciagas palabras de Tamako resonando en su pecho, acallando incluso el caos reinante.

Descendió a grandes zancadas por las escaleras que comunicaban los cuatro pisos de la torre central, y solo se detuvo para asomarse a uno de los ventanales que daba luz a las entreplantas. Lo que vio no podía ser más desolador: el fuego se esparcía por distintas zonas de la fortaleza, consumiendo, insaciable, cualquier estructura de madera que rozara con sus dedos. Las llamas habían subido por la colina y se aproximaban a la torre, erigida en la cima y protegida por los sucesivos muros que se derramaban ladera abajo. A la luz del fuego, el más temible de cuantos generales participaron en un asedio, un pequeño ejército ataviado con el carmesí del clan Sugawara había inundado, como el agua que se filtra por una grieta, los sucesivos anillos concéntricos. Pisaban ya la ciudadela interior, y allí mismo, a los pies de Kenzaburô, se batían con los soldados que él debería estar comandando, empleándose con la crueldad que solo pueden alimentar generaciones de odio mutuo. Resultaba evidente por qué nadie lo había avisado: el ataque había sido tan fulgurante que había penetrado en poco tiempo hasta el *hon maru*. Los soldados apenas pudieron armarse y lanzarse a una desorganizada defensa del castillo.

Kenzaburô se precipitó aún con más ímpetu escaleras abajo, abriéndose paso como pudo entre las mujeres, funcionarios y vasallos de alto rango que, como él, vivían en el *hon maru*, junto a los aposentos de la familia Ikeda. Escrutaba cada rostro que se cruzaba buscando a su señor o a alguno de los samuráis que solían escoltarle, pero no los encontró en aquella marea confundida y atemorizada, así que siguió bajando hasta llegar al nivel del suelo. Muchos corrían atropelladamente e incluso rodaban escaleras abajo, entregados al caos y el miedo,

mientras un grupo de soldados armados con *naginata*<sup>7</sup> los empujaban para que siguieran descendiendo a los niveles inferiores de la torre, excavados bajo tierra, donde se encontraban las cocinas y las bodegas. Murmuró una breve plegaria para que su mujer y su hija llegaran allí cuanto antes y se abrió paso hasta llegar al oficial al mando, al que aferró por el hombro.

—¿Dónde se encuentra el señor Ikeda?

—Fuera, general. Dirigiendo la defensa de la muralla interior. A nosotros nos han enviado aquí a proteger a las familias de los principales vasallos.

No necesitaba escuchar más, giró sobre sus talones y corrió hacia el gran portón que daba acceso al patio exterior. Se encontraba atrancado con una inmensa viga de madera y flanqueado por una hilera de soldados que apenas habían tenido tiempo de armarse debidamente y colocarse algunas piezas de armadura.

—¡Vosotros! —vociferó Arima, señalando a cuatro de aquellos hombres—. Levantad el cierre. Y vosotros cinco seguidme fuera. Tenemos que ayudar a su señoría.

Los soldados obedecieron rápidamente y, no con poco esfuerzo, alzaron y corrieron a un lado la pesada viga, de modo que el inmenso pórtico de dos hojas se pudo entreabrir lentamente, lo justo para que los hombres salieran en fila de a dos, hombro con hombro. En cuanto pisaron el exterior, el portón se cerró a sus espaldas haciendo suspirar las llamas de las antorchas junto a la entrada. La desesperanza se dibujó inmediatamente en el rostro de Kenzaburô: sin duda, el castillo estaba perdido. Debía poner a salvo a toda costa a su señor Akiyama Ikeda.

La guardia sobre las murallas disparaba flechas tanto al exterior como hacia el propio patio que rodeaba la torre del homenaje, ya que eran innumerables los enemigos que habían accedido a la ciudadela interior. Y seguían haciéndolo. Aquí y allá, sus guerreros se enzarzaban en combate cerrado contra las fuerzas enemigas. Kenzaburô no encontraba explicación para semejante desastre. ¿Cómo había llegado hasta allí un ejército sin que nadie hubiera dado la alarma? ¿Cómo habían atravesado las sucesivas defensas de una fortaleza hasta la fecha inexpugnable?

El castillo Ikeda estaba fortificado mediante anillos amurallados concéntricos y, entre una muralla y otra, había un retorcido enjambre de patios por el que cualquier intruso tendría que zigzaguear al descubierto, expuesto a los arqueros de las atalayas, al tiempo que debería vencer la resistencia de la infantería que protegía el castillo, empujando hacia el interior a las falanges defensivas y ganando terreno en cada sección amurallada, comunicada con la siguiente a través de un solo pórtico de dos hojas. En circunstancias normales, tomar aquel

---

<sup>7</sup> *Naginata*: lanza que concluía en una hoja larga y curva.

castillo debería haber sido una lenta sangría que se cobraría numerosas bajas entre el invasor, el cual solo lograría llegar a la ciudadela interior tras largos días de combate y con sus filas notablemente mermadas.

El ejército que lograra semejante hazaña debería estar compuesto por miles de hombres y debería haber sitiado la fortaleza durante días, tomando posiciones a su alrededor antes de acometer el asalto.

Nada de aquello había sucedido y, sin embargo, allí estaban sus enemigos, profanando el mismo corazón del castillo mientras portaban el *mon*<sup>8</sup> del clan Sugawara. Pero no había tiempo para buscar respuestas, debía tomar decisiones rápidas y había una evidente: se debía reforzar la falange que intentaba bloquear el pórtico que daba acceso al *hon maru*, pues las dos hojas de la gigantesca puerta se encontraban desencajadas de sus goznes, forzadas hacia el interior, y aquel punto era una hemorragia que sangraba gota a gota tropas carmesí de los Sugawara.

Kenzaburô Arima señaló hacia el portón y gritó a todo el que lo escuchó que le siguiera, mientras se lanzaba hacia delante en una desesperada carrera que sembraba muerte a su paso. El primer enemigo que le hizo frente, con la espada alzada presta a golpear, recibió una patada en el plexo solar que lo derribó de espaldas contra el suelo de piedra. Kenzaburô se inclinó al paso, clavó la *wakizashi* en el rostro de su rival y la extrajo de un tirón seco sin detenerse. El segundo samurái que intentó plantarle cara obligó a Kenzaburô a usar el sable largo: desenvainó con la derecha y, con el mismo movimiento, le asestó un golpe que le abrió la garganta. Prosiguió sin desviarse de su camino y dos más cayeron bajo su filo, y otro, y aún otro, y algunos ya comenzaban a apartarse a su paso, buscando en el campo de batalla a otro enemigo que no los condenara a una muerte segura.

Aquel guerrero de armadura negra era a ojos de sus adversarios un mortífero demonio que, lejos de aminorar el paso agotado por los incesantes golpes, proseguía inquebrantable su marcha con las dos espadas en la mano, seguido por un creciente número de soldados que le protegían los flancos. Un oficial del ejército invasor, apoyado también por una decena de hombres, se arrojó sobre él descargando un terrible mandoble. Kenzaburô detuvo la hoja con su sable corto al tiempo que flexionaba las rodillas; antes de que su enemigo pudiera alzar de nuevo el arma, le introdujo la punta de la espada larga entre las placas dorsales de la armadura, atravesando las costillas y hundiéndola hasta los pulmones.

Empujó el cadáver con el hombro para desembarazarse de él, y reemprendió su carrera en dirección al pórtico. En ese instante creyó vislumbrar, entre la maraña de soldados, la figura

---

<sup>8</sup> *Mon* (o *kamon*): emblema o escudo que identificaba a un clan en el Japón feudal.



de Akiyama Ikeda montado en su caballo. Arima apretó el paso para llegar cuanto antes hasta su señor, pero ya no era uno más en la batalla, se había convertido en el referente a derribar por cuantos oficiales enemigos lo habían visto y, a pocos *ken*<sup>9</sup> de su objetivo, un abanderado de Sugawara cargó a caballo sobre él con la lanza en ristre. Kenzaburô, al ver cómo se abalanzaba la bestia él, rodó a un lado y se afianzó sobre las rodillas; desde esa posición golpeó las patas de la montura con el filo de su espada. El animal relinchó y sus manos se doblaron, clavándose de bruces en su galopada y lanzando despedido al jinete.

El general Arima reemprendió su avance hasta llegar junto al daimio del clan Ikeda, que se debatía a espadazos a lomos de su montura, intentando detener a cualquiera que superara las líneas de defensa.

—¡*O-tono*<sup>10</sup>! —gritó Kenzaburô—. Salid de aquí, yo me encargaré de defender la puerta.

—¡No! Nadie dirá que hui mientras tomaban mi castillo —le replicó, sin mirarle, Akiyama.

—*Tono*, debéis sobrevivir. Buscad a vuestros hijos y escapad por los pasadizos. El castillo puede caer, pero no el clan.

—Mi hijo Seibei ha muerto, Kenzaburô. Le he visto caer al otro lado de la muralla sin poder ofrecerle mi ayuda. ¿Por qué debería salir yo de aquí con vida?

El general apretó los dientes, la noticia de la muerte de Seibei le infligió un daño mucho mayor que el de todos los golpes que habían caído sobre él hasta el momento. Pronto comprendió que, tras aquella pérdida, su señor buscaba sacrificarse en la batalla.

—Mi señor —le gritó—, no tenéis por qué morir aquí. Debemos sobrevivir a esta noche y devolver el golpe. La venganza nos alimentará a partir de mañana.

—¡Ya basta, Kenzaburô! —rugió Akiyama—. No huiré de mi castillo. Moriré defendiéndolo.

—Entonces, yo moriré a vuestro lado.

—¡No! —exclamó el daimio, que se desentendió de la lucha y miró directamente a los ojos del veterano samurái—. Debes buscar a Seizô y ponerlo a salvo. Con él sobrevivirá el clan Ikeda.

La expresión de Kenzaburô reflejaba con claridad que no deseaba acatar aquella orden. Quería permanecer junto a su señor hasta el final.

---

<sup>9</sup> *Ken*: unidad de longitud que equivalía a 1,8 metros aproximadamente.

<sup>10</sup> *O-tono*: fórmula de cortesía que se puede traducir como «gran señor» y que era utilizada con los daimios.

—Escúchame, Kenzaburô. Tu lealtad es para con tu señor y su clan, y a partir de esta noche tu señor será Seizô Ikeda. ¡Huye de aquí! Ponlo a salvo y olvida el *seppuku*<sup>11</sup>. Serás responsable de mi hijo. Debes convertirlo en un guerrero digno de su nombre.

—Sí, *o-tono* —asintió el guerrero a regañadientes, inclinando la cabeza.

—¡Vamos! —le increpó el daimio—. Vete de aquí, ¡búscales!

Kenzaburô dio unos pasos hacia atrás sin apartar la vista de su señor, que volvió a incorporarse al frente de batalla, y cuando logró convencerse de que su deber ya no estaba allí, giró sobre sí mismo y se dispuso a desandar el camino hacia la torre del homenaje, pero cada paso era como sal en una herida abierta. El fragor de la batalla lo rodeaba, pero para él apenas era un murmullo lejano arrastrado por el viento. Un mar de sentimientos bullían en su pecho y no sabía a cuál atender, así que decidió aferrarse a la constante que había guiado sus pasos durante toda su vida: el deber. Apretando los dientes, se dispuso a acometerlo.

Cruzó el patio con el estómago frío y la mirada perdida, sumido en el trance del guerrero. Luchó y recibió heridas que le dolerían durante el resto de su vida; mató hasta que sus espadas perdieron el filo y sus golpes, romos, tan solo aplastaban los huesos de sus adversarios. Pero no recordaría nada de aquello, porque Kenzaburô ya no caminaba sobre aquella tierra sedienta de la sangre de amigos y enemigos, sino que sus pies hollaban los valles del infierno. Por fin alcanzó el otro extremo del campo de batalla y se perdió en la fortaleza en llamas, y ya nadie pudo volver a decir que había visto a Kenzaburô Arima con vida.

---

<sup>11</sup> *Seppuku*: suicidio ritual practicado por los samuráis, consistente en abrirse el vientre con un puñal o espada corta. Era considerado como un último recurso para restaurar el honor perdido, siendo también habitual que un samurái cometiera *seppuku* tras la muerte de su señor en la batalla.

(FIN DE LOS CAPÍTULO DE MUESTRA)

## ***El guerrero a la sombra del cerezo***

Una novela publicada por:



Disponible en librerías y puntos de venta online como:



*librería*  
**CYBERDARK.NET**